TERCERA SEMANA

Preparación a la Pasión

En la primera meditación de la tercera semana, que es de la preparación a la Pasión, considerando el ardiente deseo que Jesucristo tenía de sufrir, mi espíritu se ha inclinado, desde luego, al deseo que tenían los Santos de morir; el cual deseo hacía que la muerte tuviese para ellos dulzuras inexplicables. Es el efecto, me parece, de una fidelidad inviolable en cooperar a todas las gracias de Dios y hacer por El todo cuanto han podido durante muchos años. Esta vista ha encendido en mi corazón un gran deseo de no perder el tiempo, de hacer cuanto antes todo el bien que pueda, a fin de ponerme en estado de desear la muerte y recibirla con alegría.

He pensado, además, que el hombre que verdaderamente desea sufrir mucho por Jesucristo es como una persona hambrienta o extremadamente sedienta, la cual, mientras espera se le presente con qué saciarse, toma, sin embargo, la poca comida o bebida que le ponen delante. Siento en mí un gran deseo de sufrir por Dios, y creo que no hay ningún dolor que yo no aceptase, a mi parecer, con gran alegría; pero estimo que ésta es una gracia que Dios hace sólo a sus amigos, y me encuentro yo tan indigno, que no creo que Dios me haga nunca este favor.

Prendimiento de Jesucristo

Dos cosas me han conmovido sumamente y me han tenido ocupado todo el tiempo. La primera es la disposición con que sale Jesucristo al encuentro de los que le buscan, con la misma

firmeza, el mismo valor, el mismo porte exterior que si su alma hubiese estado en perfecta paz. Su corazón está anegado en un mar de amarguras: todas las pasiones se han desencadenado en su interior, toda la naturaleza está desconcertada, y a través de estos desórdenes y de todas estas tentaciones su Corazón va derecho a Dios, no da un paso en falso, no vacila en tomar el partido que la virtud y la más alta virtud le sugiere. He aquí un milagro que sólo el Espíritu de Dios es capaz de obrar en un corazón: el de concertar la guerra y la paz, la turbación y la calma, la desolación y cierto fervor varonil que ni la naturaleza ni los demonios ni el mismo Dios que parece armarse contra nosotros, o al menos abandonarnos) no pueden quebrantar.

La segunda cosa es la disposición de este mismo Corazón con respecto a Judas, que le traicionaba; a los Apóstoles, que cobardemente le abandonaban; a los Sacerdotes y a los demás, que eran los autores de la persecución que sufría, lejos de turbarle, dulcificaba en cierto modo su dolor, porque veía que sus dolores podrían remediar los males de sus enemigos. Me represento, pues, a este Corazón sin hiel, sin actitud, lleno de verdadera ternura para con sus enemigos, al cual ninguna perfidia, ningún mal tratamiento puede mover al odio.

Después, dirigiéndome a María para pedirle la gracia de poner mi corazón en esta disposición, me doy cuenta de que el suyo ya se encuentra perfectamente en ella; que está abismada en el dolor, pero sin hacer nada inconveniente y que no pierde el juicio en tan terrible coyuntura; que no quiere mal ninguno para los verdugos de su Hijo, antes por el contrario, los ama y lo ofrece por ellos. Confieso que semejante espectáculo me encanta, me da un amor increíble a la virtud y me causa el mayor placer que pueda yo experimentar.

¡Oh corazones, verdaderamente dignos de poseer todos los corazones, de reinar sobre todos los corazones de los Angeles y de los hombres! Vosotros seréis, de aquí en adelante, la regla de mi conducta, y en todas las ocasiones trataré de inspirarme en vuestros sentimientos. Quiero que mi corazón no esté, en adelante, sino en el de Jesús y de María, o que el de Jesús y de María estén en el mío, para que ellos le comuniquen sus movi-

mientos; y que el mío no se agite ni se mueva sino conforme a la impresión que de ellos reciba.

Repetición

Amice, «amigo». Es verdad que Jesús le amaba, que no hubiese empleado esta palabra si no hubiese sido verdad. Jesucristo quería de veras convertirlo, había escogido bien el tiro; así que Judas sintió herido su corazón, pero le sucedió como a esos enfermos desahuciados a quienes les dan los más fuertes remedios. Producen éstos su efecto, pero el enfermo no tiene fuerzas bastantes para soportar la operación y exhala el alma al arrojar los malos humores.

¡Todo es admirable! Jesucristo arrastrado; Jesucristo, delante del juez, sentado en su banquillo, acusado, y callando. Me ha parecido que, con la gracia de Dios, sufriría yo ser calumniado y tratado como un malvado; encontraría en ello el completo anonadamiento del amor propio. Paréceme que en semejante ocasión daría gracias a Dios de todo corazón y le pediría con instancia me dejara morir en este estado. Pero es perder el tiempo pensar en esto. Creo que no es este favor para mí; es necesario para eso ser un santo; es necesario aprovechar las pequeñas ocasiones que se presentan y tener cuidado no sea que, mientras me entretengo en esos quiméricos deseos, corra tras la vanagloria mundana, y deje escapar las pequeñas ocasiones que se presentan.

Negaciones de San Pedro

Al meditar sobre la caída de San Pedro he visto con sorpresa y espanto cuán débiles somos. Esto me hace estremecer; tengo dentro de mí las semillas y fuentes de todos los vicios; no hay uno sólo que no pueda cometer; entre mí y el abismo de todos los desórdenes, sólo media la gracia de Dios, que me impide caer. ¡Qué humillante es ésto! ¡Qué confusión debe excitar, aun en las almas santas, este pensamiento! He aquí por

qué dice San Pablo: *Cum metu et tremore vestram salutem operamini.* (Philip. II,12) «Con temor y temblor, trabajad en vuestra salvación».

Jesucristo pasa toda la noche atado, sirviendo de juguete a la insolencia de los soldados. ¡Hermoso motivo de meditación los pensamientos de Jesús durante toda la noche!

En el Palacio de Herodes

¿Qué cosa más admirable que ver a la Sabiduría encarnada, Jesucristo, tratado de loco por Herodes y por toda su corte? El mundo no ha cambiado aún de modo de pensar con respecto al Hijo de Dios: todavía pasa por loco. ¡Qué valor el de Jesucristo, haber despreciado toda la gloria, todo el respeto que tan fácilmente podía atraerse de toda esta corte, haber dejado de buen grado a este príncipe y a todos sus cortesanos en la creencia de que era un insensato! ¡Qué sacrificio a su Padre! y ¡qué acto tan glorioso!, y ¡qué cobardes somos nosotros que hacemos tanto caso de los sentimientos de los hombres y nos hacemos esclavos de su opinión! ¿Cuándo sacudiremos este vergonzoso yugo? ¿Cuándo nos elevaremos por encima del mundo?

¡Cuán digno es de un alma cristiana el sufrir una confusión que podría evitar, y contentarse con tener a solo Dios por testigo de una verdad ventajosa para nosotros! Dios mío: quiero hacerme santo, entre Vos y yo, despreciando toda confusión que no disminuya la estima que Vos podríais tener de mí.

La consideración de estos actos generosos, y que tan por encima están de la naturaleza, eleva, me parece, mi alma sobre sí misma y sobre todos los objetos criados.

En el Pretorio de Pilatos

¡Qué espectáculo ver a Jesucristo vuelto a casa de Pilatos, atravesando Jerusalén vestido de loco! Pilatos le condena a ser azotado. ¡Qué justicia! Jesucristo no se queja, aunque ve la

causa en la envidia de los sacerdotes y en la falsa condescendencia del juez, como también prevé la crueldad de este suplicio. He comparado este proceder con el que nosotros solemos tener cuando nos injurian en alguna cosa. ¿Cómo quejarnos, teniendo a la vista este ejemplo?

He estado sumamente confuso con el recuerdo del pasado. Dios mío: las hermosas ocasiones que he desperdiciado no volverán jamás; no soy digno de ello. He resuelto no quejarme nunca de nada. Me he convencido de que, de cualquier manera que me traten, no me harán ninguna injusticia.

Flagelación y Coronación

Nada me conmueve tanto en la flagelación como el desprecio con que es tratado en ella Jesucristo. El más criminal de los hombres encuentra compasión cuando es condenado al suplicio: apedrean al verdugo si hace sufrir demasiado a un ladrón, a un asesino; y he aquí a Jesús entregado al capricho de los soldados, que desgarran sus carnes, que añaden pena sobre pena, que lo tratan a su placer impunemente como si no fuese hombre. Jesús no se queja, se anonada; aún más, en presencia de su Padre acepta, como venidas de su mano, todas estas penas, se regocija al poder darle todo un soberano honor por este espantoso abatimiento.

Le ponen una corona de espinas sobre la cabeza para expiar esta horrible pasión que tenemos de querer ser en todas partes reyes, de sobresalir, de sobreponernos a todos y en todas las cosas.

Ecce Homo

Pilatos lo muestra al pueblo: *Ecce Homo.* ¡Debía estar en un lastimoso estado! Buena lección para los que aman los grandes teatros y los aplausos. Prefieren a Barrabás. ¡Cosa más extraña! Nos quejamos de las ventajas que dan a los demás; Jesucristo no se queja, sino se coloca más bajo aún de lo que le

colocan con esta injusta comparación. En este momento decía en su corazón al Padre: *Vermis sum et non homo.* (Ps. XXI,7). «Gusano soy y no hombre». Gritaban: *Cricifige* (Joann. XIX,15). «Crucifícalo», y consentía en ello de todo corazón.

A la vista de este ejemplo, de este modelo, ¿hay cristianos en el mundo? Si cada vez que por respeto humano quebrantamos una Regla hiciésemos reflexión de que preferimos un hombre a Dios, yo creo que no lo haríamos a menudo. Este pensamiento me ha movido, y me parece que de aquí en adelante seré inflexible en este punto. Me parece tan poca cosa un hombre, que no puedo comprender cómo se toma uno tanto trabajo para agradar a algunos, siendo Dios testigo de nuestras acciones. Pero ¡ay, Dios mío! ¿no se desvanecerán todos estos sentimientos en la primera ocasión?

Sentencia de muerte

No me he asombrado mucho de la injusticia de Pilatos al condenar a Jesucristo; pero sí me he sentido conmovido al ver a Jesucristo someterse a este injusto juicio, tomar su Cruz y cargar con ella con una humildad, una dulzura y una resignación admirables; al verle cómo, llegado al alto de la montaña, se deja despojar de sus vestiduras, se tiende sobre la Cruz, extiende sus manos y sus pies para ser clavados, y se ofrece a su Padre con sentimientos que sólo El es capaz de formar.

Es cierto que esta vista me hace la Cruz tan amable, que me parece no podría ser dichoso sin ella. Miro con respeto a aquellos a quienes Dios visita con humillaciones o adversidades, de cualquier clase que sean; son, sin duda alguna, sus favoritos. Me bastará para humillarme el compararme con ellos, cuando esté en prosperidad.

Crucifixión y muerte

Al considerar a Jesucristo muriendo en la Cruz, he notado que aún está muy vivo en mí el hombre viejo, y que si Dios no

me sostiene con una gracia muy grande, me encontraré después de treinta días de retiro y meditación tan débil como antes. Es necesario que Dios haga un gran milagro para que yo muera enteramente a mí mismo: *todavía vive en mí el hombre viejo, no está del todo crucificado, y no está perfectamente muerto. Mueve guerras intestinas, ni deja estar en paz el reino de mi alma.* (Kempis).

He notado que siempre que Dios me ha dado este vivo sentimiento de mis miserias y he entrado en oración después de alguna falta o debilidad que me ha hecho conocer mis imperfecciones, he sido consolado antes de terminarla y salido de ella con más esfuerzo: *Iratus es et misertus es mei; conversus est furor tuus et consolatus es me.* (Is. XII,I). «Te has airado y te has compadecido de mí; se ha vuelto tu furor y me has consolado». Esto me sucede también fuera de la oración, después de haber vencido alguna tentación la gracia de Dios. Lo mismo me ha sucedido ahora: he salido con nueva resolución de no dar cuartel a mi amor propio y estar en guardia contra sus ataques.

He pedido con mucho sentimiento esta gracia a Jesucristo, exponiéndole mis miserias y mis debilidades, que cada día las descubro mayores.

Sepultura

En la meditación de la sepultura, viendo cuán lejos estoy de estar en el estado a que Jesucristo se halla reducido para honrar a su Padre y salvarme. ¡Dios mio! he dicho con gran sentimiento, ¿es posible que tantos dolores, tan profundo anonadamiento, una muerte tan cruel y tan infame, que todo esto, digo, haya sido padecido para aplacar vuestra cólera contra mí, para atraerme vuestras gracias y vuestras bendiciones, y que, con todo, sea yo tan imperfecto? Padre Eterno, ¿no ha sido esto bastante para hacerme santo? ¿De qué procede que no sienta yo en mí un camino tal, que esté en proporción con tantos trabajos?

He aquí una gran suma, un gran tesoro; pero permitidme

os diga que me parece que todavía no me habéis dado gracias que respondan a tal precio. Espero grandes efectos del celo de vuestro Hijo; pero no los siento aún tales como me parece debo esperarlos. ¿Es acaso que no quiero yo experimentar estos efectos? Pero, Dios mío, si fuese así, no os ofrecería yo la muerte de vuestro Hijo y el sacrificio de la Misa para experimentarlos: no se emplean medios tan excelentes y poderoso cuando no se tiene deseo de obtener nada. Sería necesario vivir como si se estuviese ya muerto y enterrado: *Oblivioni datus sum tanquam mortuus a corde.* (Ps. XXX,13). «Estoy dado al olvido como muerto de corazón».

Un hombre de quien ya nadie se acuerda, que no es ya nada en este mundo, que no sirve para nada; he aquí el estado en que es necesario viva yo de aquí en adelante, tanto cuanto me sea posible, y anhelo efectivamente estar completamente en él.

CUARTA SEMANA

Resurrección

¡Qué alegría para aquellos que sufrieron con Jesucristo y que verdaderamente habían sentido sus dolores, como María, San Juan, la Magdalena, etc., pues los demás tienen tan poca parte en esta fiesta como la tuvieron en los tristes misterios que la precedieron!

¡Con cuánto placer y cuánta profusión recompensa Dios los dolores e ignominias de su Hijo! Sin hablar del cielo, donde tiene su grande gloria, aun en la tierra, por un Judas que le vendió, ¿cuántos millones de hombres que se despojarán de todo para poseerle?; por una ciudad ingrata y sacrílega que no le reconoció por Rey, ¿cuántos reinos e imperios sometidos a su poder? Se ha visto negado por San Pedro; ¿cuántos millones de mártires sufrirán la muerte antes que renegar de El? ¿Cuántos altares por el banquillo? ¿cuántas verdaderas adoraciones por las burlas de los soldados? ¿De cuántas riquezas no se revestirán sus templos y sus altares por el manto de púrpura y por la vestidura blanca, etc?

Impasibilidad de Jesús

Al meditar sobre la impasibilidad de Jesucristo he examinado qué podría aún alterarme. He sentido una extrema repugnancia a obedecer en cierta circunstancia; la he vencido con la gracia de Dios, y me encuentro dispuesto a todo.

He reflexionado cuán peligroso es formar proyectos, aun en cosas de poca importancia, a menos que no estemos bien resueltos a dejarlo todo por obedecer y ejercitar la caridad.

Toda ocupación que se deja con trabajo, o que le gusta a uno más seguir con ella que hacer otra cosa, aun no hacer nada cuando Dios así lo quiere, hay peligro de estar aficionado a ella con algún apego humano. He resuelto muy de veras vigilarme sobre este punto.

Es necesario tener el consuelo, con la gracia de Dios, de no conceder nada a la naturaleza. Es preciso, con la ayuda de Dios, antes de determinarme a cualquier cosa que sea sobre cualquier proposición que me hagan, es necesario, digo, consultar a Dios y acostumbrarme a prevenir el movimiento que las cosas puedan causar en el alma por una elevación del espíritu a Dios y ver qué debo yo sentir de tal cosa, según las reglas del Evangelio. Si no se tiene este cuidado es imposible conservar la paz del corazón y no caer en muchas faltas, porque todas las cosas que suceden tienen un aspecto agradable o desagradable a la naturaleza, y no es por él por donde hay que mirarlas. No hay otro medio para proceder rectamente que este método de elevación, al cual se refiere todo lo que acabo de notar.

El método de San Ignacio, de hacer un examen o deliberación antes de cada acción y particularmente antes de aquellas en que hay mayor peligro de caer en faltas, este método, digo, es incomparable: he resuelto servirme de él; no puede menos de producir con el tiempo una gran pureza y conservar gran tranquilidad de conciencia. Esto, con la gracia de Dios, no es tan difícil; como tampoco lo es el examen que debe seguir a la misma obra. Cuando se tiene gran celo por la propia perfección se hace esto como naturalmente y casi sin sentir.

Ascensión

¡Hermosa palabra! *Opus consummavi quod dedisti mihi ut facerem.* (Joann. XVIII,4). «He terminado la obra que me encomendaste». Jesús y María pudieron decir esto al morir. He notado que cuando me determino a imitar en esto a Jesucristo para toda mi vida, siento que la naturaleza como que se sorprende de semejante proyecto, y que me siento más fuerte

para hacerlo actualmente, para resolverme, por ejemplo, a hacer durante este mes, este año, todo cuanto pueda para que mis acciones sean más agradables a Dios y lo más perfectas que me sea posible. Es necesario para esto gran vigilancia y la práctica de las Reglas, la dirección y frecuentes exámenes, junto con la oración, para obtener muchas gracias.

Repetición

En la repetición de la Ascensión he notado que Jesucristo, después de haber sufrido, haber muerto y resucitado, sale de Jerusalén, sube al alto de la montaña, y después de tantas pruebas, desprendido enteramente del mundo y de la tierra, se eleva sin trabajo al cielo.

Lo que a nosotros nos impide seguirle es que estamos aún vivos con una vida natural, o sepultados en el pecado, o comprometidos en el trato de los hombres, o apegados a la tierra, donde todavía encontramos nuestra felicidad. San Pablo decía: *Nostra conversatio in caelis est.* (Philip. III,20). «Nuestra conversación está en los cielos». ¡Bienaventurados los que pueden decir lo mismo!

Pido a Dios para mí el poder vivir entre el cielo y la tierra, sin gozar ni de los placeres de aquí abajo, ni de los del Paraíso, con un desprendimiento universal, estando sólo ligado a Dios, que se encuentra en todas partes. A nosotros nos toca el desprendernos de todos los placeres de la tierra, al menos no tomar ninguno por puro gusto; desprender de ellos nuestro corazón, si realmente no podemos renunciar a ellos; hacer que se nos conviertan en tormento por el deseo ardiente que tenemos de privarnos de ellos por amor de Dios. Respecto a los gustos del cielo, es necesario dejar hacer a Dios que conoce nuestras fuerzas y tiene sus designios y vivir en una gran indiferencia, siempre dispuestos a pasarnos sin ellos.

Primera contemplación para alcanzar amor

En la meditación sobre el amor de Dios, me ha movido

mucho al ver los bienes que he recibido de El desde el primer instante de mi vida hasta ahora. ¡Qué bondad, qué cuidado, qué providencia para el alma y para el cuerpo, qué paciencia, qué dulzura! Ciertamente no he tenido trabajo ninguno en entregarme todo a El, o al menos en desear de todo corazón ser del todo suyo, pues no me atrevo todavía a lisonjearme de haber hecho el sacrificio completo; sólo la experiencia será capaz de asegurarme en este punto.

La verdad es que me tendría por el más ingrato y desdichado de los hombres si me reservase la cosa más mínima. Veo que es absolutamente necesario que yo sea todo de Dios y no podría nunca consentir en dividirme. Pero será necesario ver si en la práctica tendré bastante fuerza y constancia para sostenerme en este hermoso sentimiento. Soy tan débil, que es imposible que por mí mismo lo haga; palpo esta verdad.

Si yo os soy fiel, Dios mío, vuestra será toda la gloria, y no se cómo podría yo atribuirme algo. Sería necesario que me olvidase de mí mismo enteramente.

Segunda contemplación

En la segunda meditación del amor de Dios, el Señor ha hecho que me penetre y vea claramente esta verdad: Primero, que está El en todas las criaturas. Segundo, que el es todo lo que hay de bueno en ellas. Tercero, que El nos da todo el bien que de ellas recibimos. Me ha parecido ver a ese rey de gloria y majestad ocupado en calentarnos con nuestros vestidos, en refrescarnos con el aire, en alimentarnos con los manjares, en regocijarnos con los sonidos y objetos agradables, en producir en mí todos los movimientos necesarios para vivir y obrar.

¡Qué maravilla! ¡Quién soy yo, oh Dios mío, para ser así servido por Vos, en todo tiempo, con tanta asiduidad y en todas las cosas, con tanto cuidado y amor!

De la misma manera procede El en todas las criaturas; pero todo por mí, semejante a un intendente celoso y vigilante que en todos los lugares de su reino hace trabajar para su rey.

Lo que es aun más admirable, es que Dios hace esto por to-

dos los hombres, aunque casi ninguno piensa en ello, a no ser algún alma escogida, algún alma santa. Es necesario que al menos yo piense y sea agradecido. Me imagino que como Dios tiene su gloria por último fin de todas sus acciones, hace todas estas cosas principalmente por amor de aquellos que piensan en ellas y que admiran en esto su bondad, le son reconocidos y toman de aquí ocasión para amarle; los otros reciben los mismos bienes, como por casualidad y buena fortuna, a la manera que cuando se hace una fiesta o se da una serenata a una persona, miles de personas gozan de este placer porque se encuentran en la casa donde está la persona por quien se hace la fiesta. A esto se refiere lo que Dios decía a Santa Teresa; que si no hubiese hecho el mundo, lo crearía por amor de ella.

Tercera contemplación

En la tercera he considerado que los servicios que Dios nos hace por medio de las criaturas deberían tenernos sumidos en gran confusión y recogimiento. Cuando es un criado quien nos sirve, recibimos con frecuencia este servicio haciendo otra cosa, hablando con otra persona, durmiendo, etc.; pero si una persona de calidad se abajase hasta querer servirnos, ciertamente que entonces procuraríamos estar bien despiertos: *Domine tu mihi lavas pedes!* (Joan. XIII,6). «¡Señor, tú me lavas a mí los pies!». Esto es admirable para quien comprende un poco lo que es Dios y lo que somos nosotros.

Dios refiere incesantemente a nosotros el ser, la vida, las acciones de todo cuanto ha creado en el universo. He aquí su ocupación en la naturaleza; la nuestra debe ser recibir sin cesar lo que nos envía de todas partes y devolvérselo por medio de acciones de gracias, alabándole y reconociendo que El es el autor de todas las cosas. He prometido a Dios hacerlo así en cuanto pueda.

Este es el ejercicio de la presencia de Dios, de una utilidad admirable; pero puede decirse que es un don de Dios muy singular el continuarlo con esta dulzura, sin la cual se haría perjudicial. Ahora bien; yo sólo pido a Dios su amor y su gracia,

un amor que tenga más de sólido que de brillante y dulce. Lo que he prometido hacer con su gracia es no comenzar ninguna acción sin recordar que le tengo por testigo, y que El es quien la hace conmigo y me da todos los medios para hacerla, y no terminar ninguna acción sin recordar que le tengo por testigo, y que El es quien la hace conmigo y me da todos los medios para hacerla, y no terminar ninguna sino con el mismo pensamiento, ofreciéndole esta acción como que le pertenece; y durante el decurso de la acción, cada vez que me venga este pensamiento, detenerme en él algún tiempo y renovar el deseo de agradarle.

A propósito de estas palabras: *Amorem fui solum etc.* «Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta, etc.», me he sentido dispuesto a pasar toda mi vida sin consuelos, ni aun los espirituales; me contento con servir a Dios con gran fidelidad, ya sea en la sequedad, ya sea aun en las tentaciones.

Para recibir, como se debe, lo que veo teme la naturaleza, es necesario que recuerde cuando tal suceda que se lo he pedido a Dios. Es ésta una gran señal de que me ama, y por lo tanto, debo esperar todo de su bondad. Es una consecuencia que me confirmará en el dulce pensamiento de que lo que hasta aquí me ha sucedido, ha sucedido por una muy particular providencia. Hago voto de aceptarlo, como si fuera la cosa más agradable del mundo, sin demostrar nunca a nadie inclinaciones de la naturaleza.

Mihi autem absit gloriari (vel laetari), nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. (Gal. VI,14). «Fuera de mí, el gloriarme (o el alegrarme) en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo».

Mihi autem pro monimo est ut a vobis judicer, aut ab humano die; qui autem me judicat Dominus est. (I Cor. IV,3). «En cuanto a mí, poco me importa el ser juzgado por vosotros o por cualquier tribunal humano; porque el Señor es quien me juzga».

Esperar que podemos morirnos en la ocupación que tenemos entre manos.

Las personas verdaderamente humildes no se escandalizan de nada, porque conocen perfectamente su debilidad; se ven a

sí mismas tan cerca del precipicio y temen tanto el caer en él, que no les llama la atención el ver que caen los otros.

¿Qué honor hay en predicar, si a Dios no le place que lo haga?, decía el P.B. Alvarez; y ¿qué hay de bajo en los oficios más viles, si agrado a Dios ocupándome en ellos?

A cualquier precio que sea, es necesario que Dios esté contento.

NOTAS POSTERIORES A ESTE RETIRO

Combate espiritual

Es cosa extraña de veras cuántos enemigos hay que combatir desde el momento en que se forma la resolución de hacerse santo. Parece que todo se desencadena: el demonio con sus artificios, el mundo con sus atractivos, la naturaleza con la resistencia que opone a nuestros buenos deseos; las alabanzas de los buenos, la crítica de los malos, las solicitaciones de los tibios. Si Dios nos visita, es de temer la vanidad; si se retira, la timidez, la desesperación puede suceder al mayor fervor. Nuestros amigos nos tientan por la complacencia que tenemos costumbre de tener con ellos; los indiferentes por el temor de desagradarles. Es de temer la indiscreción en el fervor; la sensualidad en la moderación, y al amor propio en todo. ¿Qué hacer, pues? *Non est alius qui pugnet pro nobis nisi tu, Deus noster.* «Nadie hay que combata en nuestro favor, sino Vos. Dios nuestro». *Sed cum ignoremus quid agere debeamus hoc unum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad te.* (II Par. XX,12). «No sabiendo lo que debemos hacer, no nos queda otro remedio que dirigir a Vos nuestras miradas».

Sobre todo, no consistiendo la santidad en ser fiel un día o un año; sino en perseverar y crecer hasta la muerte, es necesario que Dios nos sirva de escudo, pero de un escudo que nos rodee, porque de todas partes nos atacan. *Scuto circumbadit te.* (Ps. XC,5). «Te rodeará con un escudo». Es necesario que Dios lo haga todo.

¡Tanto mejor! No hay que temer que falte en nada. En cuanto a nosotros, no tenemos que hacer sino reconocer bien

nuestra impotencia y ser fervorosos y constantes en pedir socorro por la intercesión de María, a quien Dios nada rehusa; pero si esto mismo lo podemos nosotros, sino con una gran gracia, o mejor con muchas grandes gracias de Dios.

Tentaciones de vanagloria

Me parece siento un poco más de fuerza por la infinita misericordia de Dios contra las tentaciones de vanagloria. Los mismos objetos se presentan, pero con menos fuerza y no me hacen ya tanta impresión. Empiezan a cansarme y me parecen menos encantadores; las razones que hacen ver su vanidad me persuaden mucho mejor que antes.

Esto sucede, sobre todo, desde que hice un sincero propósito de renunciar enteramente a ella por un camino en extremo eficaz e infalible; la resolución la formé en mi espíritu y la hubiese puesto en práctica, con la gracia de Dios, desde el día siguiente si, como lo había previsto, no se me hubiese hecho conocer que no debía esperarlo.

Quando bene erit sine illo, aut quando male cum illo «¿Cuándo me irá bien sin El, o cuándo me irá mal con El?».

Cuando se siente en la oración cierta inquietud y senos hace el tiempo largo, por la impaciencia que se tiene de pasar a otra ocupación, podemos decirnos provechosamente a nosotros mismos: ¡Y qué!; alma mía, ¿te aburres con tu Dios? ¿no estás contenta con El? ¿Lo posees y buscas otra cosa? Dónde te encontrarás mejor que en su compañía? ¿De dónde podrás sacar mayor provecho? He experimentado que esto calma el espíritu y une a Dios.

Como la perfección consiste en buscar en todo agradar a Dios y no agradar más que a El, me he convencido con mayor firmeza que de ordinario, de que no hay que vacilar en las ocasiones en que podemos agradar a Dios, aunque sea desagradando a los hombres, y adquirir alguna estima de El, aunque sea perdiendo algo de la que los hombres tienen de nosotros.

Por esto he resuelto no vacilar en las ocasiones que se presentarán de humillarme y hacer que los hombres me conozcan

tal y como soy y he sido. No me costará mucho trabajo, si Dios me hace la gracia de recordar que, mientras menos me estimen los hombres, más me estimará Dios, y de que sólo quiero agradar a El. Aunque pasase por un criminal y esta reputación no aumentara mis méritos, debería mirarla yo como cosa indiferente, pues no es con los hombres con quienes quiero hacer fortuna; pero si esto me hace adelantar delante de Dios debo considerarlo como un gran bien.

Cuán noble es servir a Dios

He comprendido también que es una gran dicha ser todo de Dios, considerando su grandeza infinita. Dios nos honra mucho llamándonos a la santidad. He comprendido esto, haciendo comparación de un Rey que escoge a uno de sus súbditos para ser únicamente suyo y no quiere que preste a nadie ningún servicio más que a su propia persona; que desea poseer toda su amistad, sobre todo si es un Príncipe de mérito relevante.

Se ama al Rey aunque nunca se le haya visto ni se le haya de ver jamás, aunque él no nos ame, aunque ignore nuestros sentimientos, aunque no nos conozca y aunque, caso de conocernos, ningún caso hubiera de hacer de nosotros. Y a Dios, a quien no vemos, es verdad, pero a quien veremos eternamente; que nos ve, que nos ama, que nos hace bien, que es testigo de todos nuestros pensamientos, ¿no podemos amarle? –¡Es que el Rey es nuestro dueño!– ¿Y no lo es Dios, además de ser nuestro criador y nuestro padre, etc?

Si Dios reina en nosotros, todo se obedecerá, todo se hará al menor de sus mandatos, nada se hará sino según sus órdenes. Además, procuraremos agradarle en todo, estudiaremos sus inclinaciones, nos adelantaremos a sus deseos, haremos siempre y en todo lo que creamos ser más de su gusto. Estas son las dos cosas con que tenemos más cuenta respecto de los Reyes: una sumisión ciega, y una extremada condescendencia. Es, pues, necesario hacer lo que agrada a Dios y lo que más le agrada.

Fidelidad a la gracia

La gracia de Dios es una semilla que es necesario no ahogar, pero que también es preciso no exponerla demasiado. Es necesario fomentarla en el corazón y no mostrarla demasiado a los ojos de los hombres.

Hay dos clases de gracias, pequeñas en apariencia, pero de las cuales puede, sin embargo, depender nuestra perfección y nuestra salvación:

1.º Una luz que nos descubre una verdad. Es necesario recogerla cuidadosamente y procurar que no se extinga por culpa nuestra; hay que servirse de ella como regla de nuestras acciones, ver a qué nos lleva, etc.

2.º Una moción que nos induce a hacer algún acto de virtud en ciertas ocasiones. Es preciso ser fiel a estas mociones, porque esta fidelidad es a veces el nudo de nuestra felicidad.

Una mortificación que Dios nos inspira en ciertas circunstancias. Si escuchamos su voz producirá, tal vez en nosotros, grandes frutos y la santidad; y si, por el contrario, despreciamos esta pequeña gracia podría tener funestas consecuencias, como sucede a veces con los favoritos que caen en desgracia por no haber complacido a su Rey en cosas muy pequeñas.

Amor a la Cruz

Habiendo sufrido con pena una pequeña mortificación que no esperaba, he sentido gran confusión, conociendo el poco amor que profeso a la Cruz; de suerte que me da lugar a creer que todos los deseos que en diferentes ocasiones he sentido de sufrir dolores y humillaciones, han sido deseos aparentes, o al menos que yo he visto en esos males alguna otra cosa que a Dios y la cruz de Jesucristo.

A esta confusión, Nuestro Señor, continuando su costumbre por su misericordia infinita de tomar ocasión de mis propias ingratitudes para hacerme nuevas gracias, Nuestro Señor, digo, ha hecho seguir a esta confusión una luz que me ha hecho comprender que el amor a la Cruz es el primer paso que

hay que dar para serle agradable; que estoy todavía en los comienzos, puesto que estoy tan lejos de los sentimientos de los Santos, que se regocijan en las ocasiones que Dios les enviaba de sufrir.

¡Qué cobardía!; delante del Señor recibir refunfuñando una pequeña mortificación que nos presenta. Todos estos pensamientos han producido en mí no sé yo qué fuerza que antes no tenía, para sufrir todo lo que se presente y aun para buscar lo que no se presente. Me parece que esto me ha curado de no sé qué timidez, de cierta delicadeza que me hacía temer, entre otras cosas, el rigor de las estaciones y desear ciertos alivios, sin los que se puede uno pasar sin gran peligro. ¡Alabada sea eternamente la bondad infinita de mi Dios, que lejos de castigarme como merecía por mis faltas, me hace encontrar en ellas tan grandes tesoros de gracias!

Día de San Andrés
(30 de Noviembre)

O bona Crux! Me he sentido muy conmovido al ver a este santo prosternarse súbitamente a la vista de la Cruz, no poder contener su alegría y hacerla estallar con estas palabras tan apasionadas:

Bona, útil, honrosa, agradable; la Cruz es todo su bien, es el único bien que le conmueve.

Diu desiderata. «Hace largo tiempo deseada». No solamente la deseaba, sino que la deseaba con ardor, por lo que se le hacía largo el tiempo.

Diu sollicite amata. «Hace mucho tiempo solícitamente amada». El amor propio no puede estar sin cuidado; este santo buscaba la Cruz con la diligencia y con el temor de un hombre que teme no encontrarla, que no puede encontrarla bastante pronto. Diríase que ha encontrado un tesoro al encontrarla, y los trasportes a que se entrega son los de un amante poseído de su amor extremado.

Sine intermissione quaesita. «Buscada sin descanso». He aquí nuestra Regla, y por ella fue por lo que mereció él encontrarla.

Et aliquando. «Y por fin». Esta palabra demuestra un gran deseo: necesario era que amase mucho a Jesucristo para encontrar tanto placer en la Cruz.

Muchas veces amamos a los hombres por los bienes que poseen; pero amar sus miserias por amor de ellos mismos es cosa inaudita; y maravilla será si no se les aborrece a causa de sus miserias. *Majorem hac dilectionem nemo habet ut animan suam ponat quis pro amicis suis.* (Joan. XV,13). «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos». Pero hay grados en este sacrificio; pues morir con esta alegría, con esta diligencia, es un amor incomparable. ¡Qué fe!

Día de San Francisco Xavier
(5 de Diciembre)

Este santo hablaba de Dios en todas partes y con toda clase de personas. Su primer pensamiento, en cualquier parte que se encontrase, era ¿qué servicio puedo prestar a mi prójimo?

Hay mil ocasiones en que poder llevar los hombres a Dios, y a menudo, se consigue mejor que con la predicación; nadie hablaba con Berchmans que no saliese todo inflamado. Tengamos al menos ese celo los unos por los otros. ¿De qué hablamos con los seglares? En nuestras recreaciones ¿hablamos como Jesuitas? Hablo poco de Vos, oh Dios mío; es que pienso poco en Vos, porque apenas os amo nada.

Podemos llevar los hombres a Dios por el ejemplo, como San Juan Berchmans, San Luis Gonzaga y San Alfonso Rodríguez; con nuestra modestia para con los extraños; y con los domésticos por la observancia, por la práctica de todas las virtudes. ¿No soy yo, por el contrario, una piedra de escándalo? Si los otros siguieran mi ejemplo, ¿habría observancia regular, habría mortificación en Casa? No queda por mí el que la Compañía sea un conjunto de personas muy libres y sensuales.

Podemos hacerlo con nuestras oraciones y buenas obras. La predicación es inútil sin la gracia, y la gracia no se obtiene sino por la oración. San Javier empezaba siempre por ella; testigo aquella cuaresma que pasó toda entera en tan terribles

austeridades, que estuvo enfermo un mes entero, para obtener la conversión de tres soldados que vivían en el desorden. En efecto, sin eso ¿habría conseguido tanto fruto? Cuántos predicadores le han sucedido que no han predicado menos, aunque hayan conseguido menos fruto. Si hay tan pocas conversiones entre los cristianos es porque hay pocas personas que oren, aunque hay muchas que predican. ¡Cuán agradables a Dios son estas oraciones!; es como cuando a una madre le ruegan que perdone a su hijo.

La obediencia de San Francisco Xavier es muy digna de admiración: Le hablan de hacer un viaje de seis mil leguas y está dispuesto al punto.

San Ignacio le dice sencillamente: *Hay que ir.* No se detiene un solo momento. Hay que dejar amigos, parientes, las dulzuras de la patria, ir completamente solo a otro mundo. No hacen falta discursos para persuadirle. Parte sin viático, sin equipaje, sin libros, etc.

¿Obedezco yo así? ¡estoy presto a hacerlo? ¿o es que me mandan cosas más difíciles? Yo tengo hecho voto de obediencia; él no lo tenía. ¿No me hablan de parte de Dios?

Javier obedece con alegría, se echa a los pies de San Ignacio; se estima dichoso por haber recaído sobre el la elección; le da las gracias.

Es esta una ocasión de gran mérito: cree que Dios le habla por la boca de Ignacio; y nosotros murmuramos cuando nos mandan cosas difíciles o contrarias a nuestras inclinaciones; las hacemos a regañadientes, creemos que el Superior no nos tiene ninguna consideración, y quedamos resentidos. Sin embargo, debíamos considerar esto como una gracia; no obedecemos sino cuando nos mandan lo que nos da gusto, lo hacemos porque nos gusta y no porque se nos manda.

Javier somete su juicio. ¡Qué ocurrencia, llamar a Europa al Apóstol de las Indias, al apoyo de la Religión en medio mundo, y precisamente cuando está a punto de entrar en China; exponer una vida tan preciosa! No hay razón ninguna para mandar esto, ni tampoco la espera él para obedecer. Y nosotros, cuando estamos en un lugar en que nos encontramos bien o creemos hacer el bien en una ocupación que resulta bien; en

una Casa donde somos útiles, ¿qué no decimos contra las órdenes que nos llaman a otra parte? Entonces es cuando debemos obedecer: es Dios quien obra entonces contra toda razón humana por razones que nos son desconocidas, pero nos son muy ventajosas. El mal está en que no nos fiamos de Dios. –Pero –Vete en nombre de Dios: *Omnem sollicitudinem vestram projucentes in eum quoniam ipsi cura est de vobis.* (I Petr. V, 7.) «Arrojad en Dios toda vuestra solicitud, porque Él tiene cuidado de vosotros.

San Francisco Xavier se creía indigno de obtener algo de Dios por sí mismo, y empleaba los méritos de San Ignacio, las oraciones de sus hermanos y las de los niños. Por un sentimiento de verdadera humildad, se creía un gran pecador, y atribuía a sus pecados los obstáculos que se oponían a la propagación de la fé. ¡Qué milagro de humildad en tan grande hombre! Pero ¿no es todavía mayor milagro el orgullo en nosotros? ¿Qué hemos hecho en comparación de lo que hizo este gran Santo? ¡Qué diferencia en el modo de hacer las mismas cosas! ¡Qué confusión al vernos tan diferentes! Pero si no obstante esta diferencia, todavía tenemos vanidad, tenemos un motivo mucho mayor de confusión.

Estimaba a los demás: a San Ignacio, a los que de Europa le escribían, a los demás eclesiásticos. Hacía caso de todos, les hablaba con una dulzura y una bondad admirables, les servía, les prestaba los oficios más viles. No tenemos motivo de despreciar a nadie. Un hombre humilde sólo ve sus defectos, y es una señal de poca virtud el fijarse en las imperfecciones de los demás. Acaso es uno imperfecto hoy y tal vez dentro de pocos días, reconociéndose, se elevará a una gran santidad. Además, nuestra Regla nos obliga a mirar a los demás como superiores: *Inde hoor, reverentia, prompta ad serviendum unicuique voluntas.* «De aquí el honor, la reverencia, la pronta voluntad de servir a todos».

Cuando uno conoce bien sus miserias no le parece mal que le desprecien, porque ve que esto es justo; por esto San Xavier recibía con paciencia y hasta con muy grande alegría los ultrajes de los bonzos, no alterándose nunca y respondiéndoles con dulzura. Un hombre humilde, por mal tratamiento que reciba,

cree que le hacen justicia. Los hombres no me estiman, se dice; tienen razón, convienen en esto con Dios y con los Angeles. Un hombre que ha merecido el infierno, encuentra que le es muy debido al desprecio.

Mirabilis Deus in sanctis suis; magnificus in sanctitate. (Ps. LXVII, 36; Exod. XV, II.) «Admirable es Dios en sus Santos; magnífico en la santidad». No es a San Xavier a quien yo admiro: admiro a Dios, que puede hacer tan grandes cosas de un hombre, en un hombre y para un hombre; es decir, elevarlo a tan grande virtud, darle un grado tan elevado de contemplación, hacer por su medio tan grandes conversiones y tan grandes milagros. Esto me ha dado, a mi parecer, una gran idea de Dios y me ha hecho comprender la gloria tan grande que es servirle. ¡Es extraño que descuidemos el servicio de tan gran Dueño! ¡que tan pocas personas quieran consagrarse enteramente a Él! ¡Qué prodigio no son esas conversiones que debían ser tan difíciles, verlas obradas en tan poco tiempo por un extranjero, por un pobre mal vestido que hace siempre sus viajes a pie, completamente solo, que ignora la lengua de las naciones a quienes predica!

Este hombre hace cambiar de costumbres y de religión a los Reyes, a los sabios, a los pueblos y a la mitad del mundo en diez años; a pueblos separados por tan espantosas distancias, que parece increíble los haya podido recorrer en tan poco tiempo. He concebido un gran deseo de la conversión de estos pueblos abandonados. He pedido a Dios que, si era su voluntad que fuese a llevarles la luz del Evangelio, tuviera la bondad de abrirme el camino; si no, que se formen obreros dignos de tan alto honor, pues veo claramente que soy de todo punto indigno.

Me siento movido a trabajar para hacer conocer y amar a Dios en todas las ocasiones y por todos los medios posibles a mi debilidad, sostenida por la gracia de Dios, fortificada con los ejemplos de este gran Santo y su poderosa intercesión para con mi Dios. ¿Por qué, le he dicho, si Vos habéis tenido tanto celo por un bárbaro y desconocido, que habéis ido a buscarlo hasta el fin del mundo, rechazaréis a uno de vuestros hermanos, descuidaréis su salvación?

¡Ayudadme, gran Apóstol, a salvarme y yo no descuidaré nada para ayudar a la salvación de los otros! De pronto se ha hecho gran claridad en mi espíritu: parecíame verme cargado de hierros y cadenas en una prisión, arrastrado, acusado y condenado por haber predicado a Jesús crucificado y deshonrado por los pecadores (1).

He concebido al mismo tiempo un gran deseo de la salvación de los infelices que están en el error, y me parecía que daría de buena gana hasta la última gota de mi sangre por sacar una sola alma del infierno.

¡Qué dicha para mí si a la hora de la muerte pudiera decir a Jesucristo: Vos habéis derramado vuestra sangre por la salvación de los pecadores y yo he impedido que tal y tal no se la hicieran inútil! Pero ¿qué diré yo mismo, si pensando en convertir a otros yo no me convierto a mí mismo? ¿acaso trabajaré para poblar el Paraíso e iré yo a llenar el infierno?

No, no, Dios mío; Vos sois muy bueno, me ayudaréis a salvarme, me fortificaréis en los trabajos, con los cuales quiero merecer el Paraíso. ¿Debo morir acaso por mano del verdugo, debo ser deshonrado por alguna calumnia? Aquí todo mi cuerpo se horroriza y me siento sobrecogido de terror. ¿Me juzgará Dios digno de sufrir algo notable por su honor y su gloria?

No veo la más mínima apariencia; pero si Dios me hiciera este honor, abrazaría de todo corazón cualquier cosa: prisiones, calumnias, oprobios, desprecios, enfermedades, todo lo que sea de su gusto, y sólo nuestros sufrimientos le agradan. Me parece, no sé si me engaño, pero me figuro que Dios me prepara males que sufrir; ¡enviadme estos males, amable Salvador mío! ¡Procurádmelos, gran Apóstol, y eternamente daré por ello gracias a Dios y os alabaré! *Beati estis cum vos oderint homines et persecuti vos fuerint.* (Matth. V, II.) «Seréis bienaventurados cuando os aborrezcan y persigan los hombres». Enviadme, Señor, estos males, los sufriré con gusto.

(1) Poco después se le cumplió al Beato este presentimiento al ser acusado y encarcelado en Inglaterra.

Inmaculada Concepción
(8 de diciembre)

El día de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen resolví abandonarme de tal modo a Dios, que está siempre en mí, y en el cual yo soy y yo vivo, que no me preocupo absolutamente nada de mi vida, no sólo exterior, pero ni aun interior, descansando suavemente en sus brazos, sin temer ni tentación, ni ilusión, ni prosperidad, ni adversidad, ni mis malas inclinaciones, ni aun mis mismas faltas, esperando que Él lo conducirá todo por su bondad y sabiduría infinita de tal modo, que todo redunde en su gloria. Me resolví, además, a no querer ni ser amado, ni sostenido de nadie, queriendo tener en Dios mi padre y mi madre, mis hermanos y mis amigos, y todos aquellos que pudieran ser objeto para mí de algún sentimiento tierno.

Me parece que se está muy a gusto en un asilo tan seguro y tan dulce, y que no debo temer en él ni a los hombres, ni a los demonios, ni a mí mismo, ni la vida ni la muerte. Con tal que Dios me sufra en él, soy sumamente feliz. Paréceme que he encontrado en esto el secreto de vivir contento, y que de aquí en adelante ya no debo temer nada de lo que temía en la vida espiritual.

¿Por qué una pureza tan grande en María? Porque debía alojar en sus entrañas al Hijo de Dios. Si no hubiese sido más pura que los Angeles, el Verbo no hubiese podido entrar en ella con agrado, no hubiera venido con placer; no hubiese podido llevarle aquellos preciosos dones de que la llenó en el momento que en ella fue concebido. Nosotros recibimos en el Santísimo Sacramento del Altar al mismo Jesucristo a quien María llevó nueve meses en sus entrañas. ¿Cuál es nuestra pureza? ¿Qué cuidado ponemos en preparar nuestra alma? ¡Cuánta inmundicia! Caemos en faltas a la víspera, el mismo día, en el acto mismo de comulgar. Y con todo, viene Jesús; ¡qué bondad!, y nosotros vamos a Él: ¡qué temeridad! *Exi a me, Domine, quia homo peccator sum.* (Luc. V, 8.) «Apartaos de mí, Señor, porque soy hombre pecador».

Pero este Dios de bondad, ¿viene con gusto? Examinemos

cuáles deben ser sus sentimientos. ¿No le repugna la vista de tan gran corrupción? Y nosotros vamos a Él osada e imprudentemente, sin confusión, sin contrición, sin penitencia. ¡Oh Dios mío!; procuraré preparar mi corazón de tal suerte, que tengáis placer en él y encontréis en él vuestras delicias que recibiré, ¡si tuviera yo cuidado de purificarme, si supiera lo que pierdo! Pero, ay Dios mío, ¡que mi ignorancia poco justifica mi negligencia! ¿Ignoro acaso lo que el decoro exige de mí, cuando debo tratar con los hombres?

Además de lo que me han enseñado y he mamado, por decirlo así, con la leche, ¿cuántas reflexiones, cuánto tiempo perdido en instruirme?, y todo para agradar a quien, un momento después, se burla de mí. Y puede ser que nunca haya pensado bien lo que debo evitar para no desagradaros a Vos. ¿Qué digo? ¿he pensado bien alguna vez en mis deberes para con Vos? ¿He pensado siquiera? ¿Qué espero yo, ingrato e infiel? ¿qué Vos tengáis cuidado de mí? ¿Y cuándo lo habéis dejado de hacer? ¿Esperaré a que mis extravíos os obliguen a no acordaros más de mí?

¡Ay, amable Salvador mío!, no los tengáis en cuenta; ¡os he dado tantas ocasiones a no acordaros de olvidarme, de despreciarme, y de no acordaros de mí más que para precipitarme en los infiernos! No lo habéis hecho, Dios de bondad; os doy gracias; quiero serviros mejor en lo sucesivo. Con los cuidados que ponga en purificarme me haré apto para aprovecharme de vuestras visitas y moveros a venir a mí con gusto. Venid a mí, Dios mío, y con vuestra santa gracia encontraréis mi corazón más puro y más limpio; pero si llega a agradaros alguna vez, tomadlo Vos, Dios mío, no sea que las criaturas os lo roben. No lo consentiré jamás, porque quiero ser todo vuestro; con todo, me temo a mí mismo más que a mis más terribles enemigos. ¡Unicamente en Vos confío! *Omnia possum,* «todo lo puedo», y más aún: *Et audeo in eo qui me confortat.* (Philip. IV, 13.) «Y a todo me atrevo en Aquél que me conforta».

Respeto humano

Reflexionando ayer tarde, después de la oración, sobre lo

que había casi debilitado mis resoluciones, he reconocido que no he ahogado aún en mí el vano temor de los hombres, quiero decir el respeto humano; y que, aunque gracias a vuestra infinita misericordia, Dios mío, he salido bien en algunos encuentros con la ayuda de vuestra poderosa gracia; reconozco, sin embargo, mi miseria y me persuado que sólo Vos sois el que hacéis todo el bien en mí. Y os ofendería a cada momento, y muy gravemente, si no me dieseis Vos la mano para sacarme del lodazal a que me llevarían mis malas inclinaciones, y donde mi natural, demasiado complaciente, me comprometería si no usaseis conmigo de este dominio que ejercéis sobre todas las criaturas.

Pero, Dios mío, ¿cuántas acciones de gracias no deberé daros por tantos beneficios como me hacéis? Por indigno e ingrato que sea os alabaré, amable Salvador mío, y publicaré por doquier que Vos sois el único que debe ser amado, servido y alabado. Para confirmarme en esta verdad, me habéis hecho ver que el respeto humano nos hace hacer el mal por temor de desagradar a los hombres, nos hace omitir el bien por no disgustarlos y hace el bien para agradarles. En efecto; me doy cuenta de que por no desagradar a los hombres se dan algunas cosas sin permiso, se quebranta el silencio, se oye criticar y murmurar y no se advierte de ello a los Superiores cuando se debe hacer. ¡Cosa extraña! Se prefiere atraerse la indignación de Dios a exponerse a disgustar a un hombre: *Cui similem me fecistis? «¿A quién me habéis hecho semejante?»* (Alusión a unas palabras de Isaías, XL,18).

¡Confusión, dolor, propósito a la vista de Dios, no obstante sus amenazas y sus promesas! ¿Qué espero yo de este hombre? ¿qué temo? ¿No es verdad que es imposible que no tengamos en la Religión a menudo buenos deseos? Pero es bien extraño, devoto, mortificado? He emprendido ya cierto género de vida; si tuviese que empezar, muy de otro modo procedería; pero pasaría por beato. Gustoso haría esto si me atreviese: *Qui me erubuerit coram hominibus.* (Luc. IX,26). «El que se avergonzase de mí delante de los hombres». Y lo de santa Frontina: *Ita timebat Deum ut ab hominibus timeretur.* «De tal modo temía a Dios, que era temida de los hombres».

Tendré yo menos fuerza que el hermano Jiménez, que cuando iba a entrar Jesuita hizo este voto: *Promitto tibi, Deus meus, nihil me factutum quod non sit amoris tiu causa. Ego enim nescio quo eam ut alicui serviam nisi tibi qui es Deus meus ac Dominus meus?* «Os prometo, Dios mío, no hacer nada que no sea por amor vuestro. Pues ¿a dónde iré para servir a alguien, si no es a Vos, que sois mi Dios y Señor?».

Si no estamos alerta perdemos casi toda la vida por el deseo de agradar a los hombres. ¿Qué obligación tenemos para con ellos? ¿qué bien esperamos de ellos? Más desgraciados somos y más despreciables que los que trabajan para ganar dinero.

Pero, ¡qué error el mío!, estos hombres a quienes tanto y tan locamente temo en la Religión, esperan verme practicar todo el bien que yo temo hacer delante de llos. Me tratan de loco, e insensato cuando falto; saben que precisamente para ser virtuoso, devoto y mortificado he dejado el mundo y ven que no lo soy. Vaya un extravagante, dice, que se aparta de su fin; si quería vivir así, ¿por qué no se quedó en el mundo, donde hubiera podido hacerlo sin pecar, y en la Religión está con peligro de perderse? Esto es lo que juzgan de mí aquellos mismos cuyos juicios temo. ¿No soy bien miserable, Dios mío, por desagradaros a Vos y no agradar a los hombres? Si hiciera por Vos otro tanto, me juzgaríais favorablemente y los hombres no sentirían por mi conducta el desprecio que sienten; pues, al fin y al cabo, todo hombre de buen sentido estima la virtud, aun cuando no la quiera practicar.

Combate espiritual[1]

Cuando considero mi inconstancia, me horrorizo y temo ser del número de los réprobos. ¡Dios mío, qué desorden! ¡qué revolución!, tan pronto estoy alegre como triste. Hoy acaricio a todos; mañana seré como un erizo, que no se puede tocar sin

1. Debió escribir ésto Saan Claudio de La Colombière siendo ya Superior de Paray-le-Monial, poco antes de la *Gran Revelación* (16 de junio de 1675).

pincharse. Señal es ésta de poca virtud; de que reina aún en nosotros la naturaleza; que nuestras pasiones no están nada mortificadas. Un hombre verdaderamente virtuoso es siempre el mismo. Si a veces obro bien, es más bien por humor que por virtud. Un hombre que se apoya en Dios es inconmovible, no puede ser derribado, decía el P. Caraffa. Suceda lo que suceda está contento, porque no tiene otra voluntad que la de Dios. ¡Oh dichoso estado! ¡Oh paz, oh tranquilidad! ¡Es necesario luchar hasta llegar ahí!

Lo reconozco, Dios mío, y demasiado me lo enseña la experiencia, que un día es uno bueno y el otro malo; que insensiblemente se relaja uno. ¿De qué proviene que ya no soy lo que era en el noviciado? ¿Será acaso que creemos que hemos hecho bastante para pagar a Dios y ganar el Paraíso? Comparemos nuestros méritos con los de los Santos. Hemos recibido nuevas gracias; deberíamos, por lo tanto, aumentar nuestro agradecimiento. Estamos más cerca de la muerte, somos más razonables, más esclarecidos. ¿De qué viene, pues, que hayamos cambiado? ¡Que la razón nos haga entrar en nosotros mismos! Las más pequeñas ocasiones me hacen olvidar mis buenos propósitos: ¿cómo las preveo? ¿cómo me conduzco en ellas?, etc.

Día de San Juan Bautista[1]
(24 de Junio)

San Juan, aunque inocente, pasa la vida en una continua penitencia. Este es el espíritu del cristianismo. Debemos practicar siempre esta virtud, porque hemos pecado; aunque hubiéramos cometido un solo pecado, no sabemos si Dios nos ha perdonado; y aunque lo supiéramos, San Pedro y Santa Magdalena lloraron hasta la muerte. He merecido el infierno, he crucificado a mi Dios; esto me debe mantener en humildad y alimentar en mi corazón un santo odio de mí mismo.

Peco todos los días; apenas hago una acción, aunque sea santa, que no haya en ella algo que merezca el Purgatorio. Por esto, el hacer a menudo actos de contrición es muy necesario y

ventajoso. San Ignacio se examinaba después de cada acción. Yo hago muchas más faltas que él y ni pienso en ellas; ¡qué ceguedad!

Puedo aún pecar. ¡Miserable condición de la vida! ¡que este peligro me vuelva amarga la vida a mí y a los que aman a Dios y conocen el precio de la gracia!, pero ¡que les vuelva también agradable la penitencia y la mortificación, que es un medio tan eficaz para prevenir esta desgracia! Reprime la carne, debilita la naturaleza, cercena las ocasiones, aleja los objetos, etc. ¡Santa penitencia! ¡Dulce penitencia!

La consideración de las virtudes de nuestros hermanos debe inspirar a los que tienen verdadera caridad sentimientos de alegría al ver que tienen estas virtudes y que Dios se glorifica en ellos: *Non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati.* (I Cor. XIII,6). «La caridad no se regocija de la iniquidad, sino que se alegra con la verdad». ¿No os afligen? Es necesario alabar a Dios, darle gracias y pedir para ellos que perseveren y se perfeccionen más y más.

Este es el medio de tener parte en todo el bien que hacen en las confesiones, mortificaciones, misiones, etc., y a veces más parte que ellos mismos a causa del desinterés. San Agustín decía: ¿Estáis envidioso de que vuestro hermano es más mortificado? Regocijaos de su mortificación, y desde ese momento será vuestra. No, Dios mío, no tengo envidia de las virtudes de mis hermanos: *Soror nostra est, crescar.* (Cfr. Génesis, XXIV,60). «Hermana nuestra es: que crezca».

Por el contrario, me humillo y me confundo comparándome con ellos. Pocos hay en los cuales no vea yo algo excelente y que yo no tengo. Puede suceder que tengan defectos; pero la mayor parte son involuntarios, y un pecador como yo apenas los debe notar, sino excusarlos y tener los ojos fijos en los míos. Sus virtudes son de ordinario verdaderas virtudes. Esto nos sirve para mantenernos en la humildad, en el respeto, en la caridad. ¿Lo hago yo así? No; señal de orgullo. En vez de esta envidia encended en mí, oh Dios mío, una santa emulación de imitarlos y aprovecharme de sus ejemplos. Me condenarán en el día del Juicio. Deben excitarme y animarme para hoy. Son avisos sensibles que Dios me da. *Et non poteris quod*

isti? (Alusión a unas palabras de San Agustín). «¿Y no podrás tú lo que éstos?»

Los ejemplos de nuestros hermanos nos deben mover más que los de los santos antiguos, porque los tenemos todos los días ante los ojos. Los veo, por ejemplo, proceder con gran moderación, teniendo un temperamento de fuego; los veo practicar las humillaciones más repugnantes, siendo de distinguida prosapia; los veo austeros y mortificados, aunque de muy delicada complexión. ¡Qué vergüenza para mí, tener a la vista tan grandes ejemplos de humildad en personas de calidad; de tan ruda mortificación en cuerpos criados tan delicadamente!, ¿y no me aprovecho para ser mejor?

Presencia de Dios

Dios está en medio de nosotros y parece que no lo reconocemos. Está en nuestros hermanos y quiere ser servido en ellos, amado y honrado, y nos recompensará más por esto que si le sirviesemos a El en persona. ¿Cómo me porto yo? ¿Amo, honro a todos mis hermanos? Si exceptúo a uno sólo, ya no es a Jesucristo a quien considero ni siquiera parece reconozco en ellos. Si los amo es por ellos, para ser amado, considerado, porque es conforme al mío su carácter. Que cada uno considere en su hermano a Jesucristo.

Está en medio de nosotros en el Santísimo Sacramento. ¡Qué consuelo estar en una casa donde habita Jesucristo! ¿Pero no se diría que ignoramos nuestra dicha? ¿Le visitamos a menudo? ¿Vamos a El en nuestras necesidades? ¿Le consultamos nuestros proyectos? ¿Le contamos nuestros disgustillos, en vez de tomar consejo de nuestros amigos, de quejarnos, de murmurar, etc? *Medius vestrum stetit, etc.* (San Juan I,26). «En medio de vosotros está Aquel a quien no conocéis».

Dios está en medio de nosotros, o mejor dicho, nosotros estamos en medio de El; en cualquier lugar donde estemos nos ve, nos toca: en la oración, en el trabajo, en la mesa, en la conversación. Nosotros no pensamos en ello; pues si no, ¿cómo haríamos nuestras acciones, con qué fervor, con qué devoción?

¡Si cuando estoy en el estudio, en la oración, en cualquiera otra ocupación creyese yo que un Superior me ve desde algún rincón donde está oculto! Hagamos a menudo actos de fe; digamos con frecuencia: Dios me mira, aquí está presente. No hacer nunca nada, estando a solas, que no quisiéramos hacer a vista de todo el género humano.

Día de Navidad

He considerado con gusto muy delicioso y una vista muy clara los excelentes actos que la Santísima Virgen practicó en el Nacimiento de su hijo. He admirado la pureza de este corazón y el amor en que se abrasa por este divino Niño; pues su santidad no se ha disminuido con el afecto natural, y con todo ha sobrepujado en ardor y ternura el amor natural de todas las madres del mundo. Me parecía ver los latidos de este corazón y me encantaban.

Desde la víspera de Navidad he estado muy ocupado con un pensamiento muy consolador que me ha hecho practicar muchas veces y con mucha dulzura los actos siguientes:

De alegría, considerando que la mayor parte de los fieles en el mundo cristiano se ocupan en honrar a Dios y santificarse, sobre todo las personas santas, los religiosos fervorosos, muchos seglares escogidos que viven de un modo muy perfecto y pasan, especialmente la víspera y el día de Navidad, en ejercicios muy santos. Me parece que el aire está todo embalsamado con su devoción y que todas las virtudes juntas dan un perfume admirable que sube al Cielo e infinitamente lo regocija.

De acción de gracias, por los favores que Dios dispensa a las almas santas y a todos los cristianos.

De petición: que plega a Dios purificar y abrasar su sacrificio y el mío. Venid, Señor, Vos mismo a traer este fuego, y ¿qué queréis Vos, sino que arda y que toda la tierra se abrase? Todos vuestros fieles servidores trabajan con ardor y constancia para merecer alguna chispita de él, y Vos recompensaréis sus santos trabajos. Para mí, Dios de misericordia, no os pido recompensas; pues ¿qué he hecho todavía que la merezca? Os

pido solamente, Dios todopoderoso y anonadado, que no me tratéis con rigor; perdonadme mis infidelidades en atención a todo el bien que practican mis hermanos, que os sirven tan religiosamente.

Y si mis debilidades y mis extravíos os han rechazado e irritado contra mí, castigadme en este mundo. Tengo un cuerpo bueno sólo para sufrir, hacedle sentir el peso de vuestra justicia; no me quejaré sino que, en lo más fuerte de la enfermedad y de la calumnia, en la prisión y en la infamia, os alabaré y bendeciré con los tres niños del horno de Babilonia, segurísimo de que, si tenéis la bondad de castigarme en este mundo, me perdonaréis en el otro.

Sentía en mí grandes deseos de imitar el fervor de los santos religiosos y fervorosos cristianos que pasan estos días en continuas comunicaciones con este Dios humillado, ofrecer a Dios algunas heroicas mortificaciones, mantenerme unido a Dios hecho niño. Y me sentía tan atraído, que no podía ocuparme de ningún otro pensamiento sin trabajo, cometiendo aun incongruencias; tanto era lo que me arrebataba este pensamiento.

¡Cuán bueno sois, Dios mío, pues recompensáis tan liberalmente la violencia que me he hecho! Cesad, mi soberano y amable Dueño, de colmarme de vuestros favores; conozco lo indigno que soy de ellos; me acostumbraréis a serviros por interés, o me induciréis a excesos; pues ¿qué no haría yo si no me obligaseis a obedecer a mi Director, para merecer un instante de estas dulzuras que me comunicais? ¡Insensato! ¿Qué digo merecer?; perdonadme, mi amable Padre, esta palabra; me turba el exceso de vuestras bondades, no sé lo que me digo; ¿acaso puedo yo merecer estas gracias e inefables consuelos con que me prevenís y me colmáis? No, Dios mío; Vos sólo sois quien por vuestros sufrimientos me procuráis, y por vuestra intercesión para con vuestro Padre, todos los favores que recibo. Sed eternamente bendito por ellos, y agobiadme con males y miserias para que tenga alguna parte en las vuestras. No creeré que me amáis, si no me hacéis sufrir mucho y por mucho tiempo. Yo he cometido la falta: ¿es acaso justo que el hijo sea castigado por el esclavo?

Nada tan puro como la maternidad de María. Dio a luz a Jesucristo sin perder nada de su integridad; ninguna mancha, ninguna sombra empañó la santidad de este parto. Así es como las personas apostólicas deben hacer nacer a Jesucristo en los corazones. Sucede a veces que nos manchamos purificando a otros. Y aun es muy ordinario, y aun una especie de milagro, el que no pierda un hombre nada de su humildad, nada de su santidad en las obras de celo, y que en ellas no busque más que a Dios.

Dios nos había dejado caer en un abismo de miserias para tener ocasión de manifestarnos su amor. Pero nuestras miserias, por grandes que sean, estaban muy por debajo de su celo. Una sola gota de su sangre bastaba para curarnos; su amor quería más, no se podía contentar con tan poca cosa: derramó hasta la última gota de sus venas. No era esto necesario para la curación de nuestros males; pero sí lo era para la manifestación de su amor.

Pequeñez del hombre

Me encuentro consolado, oponiendo a los sentimientos de los hombres que nos estiman y tienen en algo, el juicio de Dios, en presencia del cual no somos más que átomos. No le somos necesarios para nada; puede pasarse tan fácilmente sin nosotros, como si jamás hubiéramos existido; hará perfectamente y sin nosotros cuanto tiene designio de hacer; tiene mil servidores más celosos, más fieles, más agradables a sus ojos; puede formar en un momento una infinidad de otros más completos todavía, y servirse del más miserable de los hombres para sus más magníficos designios.

¡Qué maravilla, Dios amabilísimo, si algún día queréis serviros de mi debilidad para sacar a algún miserable de las puertas de la muerte! Si no hay más que quererlo, yo lo quiero con todo mi corazón.

Verdad es que es necesario ser santo para hacer santos, y mis defectos tan considerables me dan a conocer cuán lejos estoy de la santidad; pero hacedme santo, Dios mío, y no me

perdonéis nada para hacerme bueno; pues yo quiero serlo, cueste lo que costare.

Esencia de Dios

Sobre esta verdad que hay un Dios y que este Dios es un ser que no tiene nada de no ser; nada puede perder, nada adquirir, que encierra en sí y es la fuente de todo ser; que no puede depender de ningún otro ser en la más mínima cosa, ni para ser ni para mejor ser: me he penetrado de un profundo respeto hacia esta grandeza incomprensible: me parece que jamás he comprendido tan bien la nada de todas las cosas como oponiéndola a esta idea. Los Angeles, los grandes Santos, la misma Virgen Santísima y la santa Humanidad de Jesucristo, que no tienen nada de sí mismos y que dependen de Dios en todo: todo esto me parecía como nada en comparación de Dios.

Mi sorpresa ha llegado al extremo cuando he reflexionado que ese Dios, siendo tan grande y tan independiente como me lo represento, se digna pensar en el hombre, entretenerse, por decirlo así, en escuchar sus ruegos, en exigirle sus servicios, en considerar sus defectos. Me parecía ver a un gran Rey cuidando de un hormiguero. Si nos condenase o nos aniquilase sin otra razón que su gusto, sería como si un hombre se entretuviese en matar moscas o en aplastar hormigas.

Lo que me hace volver de mi asombro es que, en la misma medida que es grande, es también bueno, misericordioso y benéfico. Es un abismo de grandeza, es verdad; pero también es un abismo de misericordia. He aquí lo que me anima a esperar, a atreverme, a acercarme a El para hablarle; sin esta consideración, me parece que ni siquiera me atrevería a pensar en Dios. Pensaré, no obstante, en Vos, Dios mío, no para conoceros: es necesario no estar apegado a la tierra para conoceros, y yo siento que mi corazón está aún apegado a las cosas humanas. Tantos deseos de ser estimado, amado y alabado, aunque la gloria y las alabanzas sólo a Vos son debidas; tanto amor a mis propias comodidades me hace gemir porque, cuando me

creía más a cubierto del amor propio, veo que me ha sorprendido, y con gran vergüenza y confusión mía se ha burlado de mí.

Abridme, pues, los ojos, amable Jesús: *Domine ut videam!* (Luc. XVIII,41). «¡Señor, que vea!». No os pido ni veros, ni conoceros; dadme solamente luces que a mí me descubran a mí mismo, e infaliblemente os conoceré: *Noverim me, noverim te.* «Señor, conózcame a mí, conózcate a ti». Yo no puedo conocerme a mí sin conoceros a Vos; mis imperfecciones me darán un ardiente deseo de conocer algo mejor que la criatura; y ¿qué hay sobre la criatura que valga más que el Criador de ella? *Ad te omne desiderium meum.* «A ti se dirige todo mi deseo». Todo lo demás me desagrada, y yo a mí mismo más que todo; porque no conozco nada más digno de repulsión, nada más despreciable y miserable.

Esta consideración de la grandeza e independencia de Dios por un lado, y de la nada de todas las criaturas por otro, me ha descubierto la bajeza y cobardía de aquellos que se hacen dependientes de los hombres; la generosidad y la dicha de los que sólo quieren depender de Dios. El único medio para sacarnos de la triste nada en que estamos, es el apegarnos a Dios: *Qui adhaeret Deo unus spiritus est.* (I Cor. VI,17). «El que se apega a Dios es un mismo espíritu con El». Así nos elevamos del polvo y en cierto modo nos asemejamos a Dios.

Espiritualidad de Dios

Al considerar la espiritualidad de Dios he concebido cómo es que Dios, que es todo espíritu, puede ser gustado, oído, visto, abrazado por los sentidos espirituales. Esta consideración ha sido una persuasión interior y fuerte de la presencia de Dios que la fe hace como sensible al alma, de tal manera, que no duda y que ni aun necesita hacerse violencia ni razonar, para quedar convencida de su verdad.

Esta disposición en que me he encontrado me ha dado un gran deseo de mortificar los sentidos exteriores, cuyos desórdenes y operaciones son los únicos obstáculos que tiene el alma

en el uso de los sentidos espirituales: *Animalis homo non percipit ea quae sunt spiritus Dei.* (I Cor, II,14). «El hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios». No me sorprende que los hombres carnales no conozcan a Dios. Es que Dios es espíritu y el espíritu está muerto, o al menos amortiguado en el hombre carnal.

Simplicidad de Dios

La simplicidad de Dios me parece cosa admirable; esta naturaleza que excluye toda composición de partes, ya esenciales, ya integrantes, ya accidentales, que es todas las cosas, y no es sino una sola cosa, que es su propia existencia, que es todo lo que ella tiene: su sabiduría, su bondad, su eternidad, su poder, etc.

Me represento una flor que tuviese los olores de todas las flores. Se podría quizás hacer una composición en donde se encontrasen todos estos olores; pero ¡qué maravilla si una cosa simple los tuviese todos y en todas sus partes y en la mayor perfección! Una fruta que tuviese el gusto de todas; una piedra que tuviese todos los colores de las otras piedras; una planta que tuviese todas las virtudes de todas las demás plantas, etc.: *In te uno omnia habentes non debemis dimittere te.* (Cfr. Tob. X,5). «Teniendo en ti solo todas las cosas, no debemos dejarte».

Me he sentido inclinado a imitar esta simplicidad de Dios:

1.º En mis afectos, no amando sino sólo a Dios; no recibiendo en mí sólo este amor. Y esto es fácil, puesto que en Dios encuentro todo lo que pudiera amar fuera de El, y así mi amor será como dice la Escritura de Dios: *Sanctus, unicus et multiplex* (Cfr. Sap. VII,22). «Santo, único y múltiple». Pero mis amigos me aman, yo los amo; Vos lo veis, Señor, y yo lo siento. ¡Oh Dios mío!, sólo bueno, sólo amable! Es necesario sacrificároslos, pues que me queréis sólo para Vos; haré este sacrificio que me costará aun más que el primero que hice al dejar padre y madre. Hago, pues, este sacrificio y lo hago de corazón, pues que me prohibís dar parte de mi amistad a nin-

guna criatura. Dignaos recibir este sacrificio tan rudo; pero en cambio, divino Salvador mío, sed Vos su amigo. Ya que Vos queréis ocupar en mí su lugar, ocupad en ellos mi lugar; yo os haré acordaros de ellos todos los días en mis oraciones y de lo que les debéis, pues me habéis prometido sustituiros en mi lugar. ¡Dichosos de ellos si se aprovechan de esta ventaja! Os importunaré tanto, que os obligaré a hacerles conocer y estimar el bien que tendrán en el mandamiento que me ponéis de no tener más amigo para poder serlo vuestro. Sed, pues, su amigo, Jesús mío, el único y verdadero amigo. Sed el mío, puesto que me ordenáis serlo vuestro.

2.º En mis intenciones. *Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit* (Mat. VI,22). «Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será claro». No buscar sino a Dios; ni siquiera buscar sus bienes, sus gracias, las ventajas que en su servicio se encuentran, como la paz, la alegría, etc., sino sólo a El.

Desasimiento universal

Un medio excelente para desprender el corazón de todo, es cambiar a menudo de lugar, empleo, etc.: se apega uno insensiblemente y se echan raíces, como aparece en la pena que se siente al dejarlos. Es una especie de muerte el salir de un lugar donde es uno conocido y donde tiene algunos amigos.

El pensamiento de que Dios me acompañará a todas partes es lo que me hará soportar sin turbarme la separación; porque en cualquier parte a donde vaya encontraré al mismo Señor y respecto de esto no tendré cambio alguno. Es el mismo Dios a quien yo adoro aquí, que me conoce y me ama y a quien quiero únicamente amar.

Inmortalidad de Dios

Qui solus habet immortalitatem. (I Tim. VI,16). «El único que tiene la inmortalidad». Sólo Dios es inmortal. Todo lo de-

más muere; reyes, parientes, amigos que nos estiman, o a quienes estamos obligados, se separan de nosotros o por la muerte o por la ausencia. Si nos separamos de ellos, el recuerdo de nuestros beneficios, la estima, la amistad, su reconocimiento mueren en ellos.

Las personas a quienes amamos mueren, o al menos la belleza, la inocencia, la juventud, la prudencia, la voz, la vista, etc., todo eso muere en ellos.

Los placeres de los sentidos no tienen, por decirlo así, más que un momento de vida. Sólo Dios es inmortal de todas las maneras.

Como Dios es simplísimo, no puede morir por la separación de partes que lo componen; como es sumamente independiente, no puede desfallecer por la sustracción de un concurso extraño que lo conserva.

Además, no puede ni alejarse ni cambiar. No solamente existirá siempre, sino que será siempre bueno, siempre fiel, siempre razonable, siempre bello, liberal, amable, poderoso, sabio y perfecto con todas las maneras de perfección.

El placer que gustamos en poseerlo es un placer que jamás pasa; es inalterable, no depende ni del tiempo, ni del lugar; no causa jamás hastío, antes al contrario, se hace cada vez más encantador a medida que más se goza.

Infinita perfección de Dios

Dios es perfecto en todos sentidos. Es imposible encontrar en El algo que no sea infinitamente bueno.

Dios es sabio, prudente, fiel, bueno, liberal, hermoso, dulce, no desprecia nada de cuanto ha criado, hace caso de nosotros, gobernándonos con dulzura y hasta con respeto, paciente, exento de todos los movimientos desordenados de las pasiones, tiene todo cuanto amamos en las criaturas. Todo está reunido en El, y para siempre y de un modo infinitamente más perfecto.

No tiene ninguno de los defectos que nos desagradan, que nos disgustan, que nos repugnan en las cosas criadas. ¿De dón-